

dondeces girando febrilmente... el cuerpo de la una moviéndose, desarticulándose, y el cuerpo de la otra siguiéndole, uniéndose a él, acompañándole de un modo tan hábil, que parecía su complemento y su reflejo... ¡El cancán!...

Y todos los bailes estaban tan íntimamente ligados, que hubiera sido necesario poderlos contemplar sin emoción, para distinguir en dónde principiaba uno y en dónde terminaba otro. De la variedad y del desmembramiento, surgía un conjunto curiosísimo y verdaderamente compacto, como de muchos retazos de color diferente nace, a veces, la armonía de una bandera flotando bajo el sol.

—Eso es un potpourri—dijo Ofelia.

—No;—repuso el director—es una antología...

X

Una animación excepcional reinaba en el saloncillo de «Maravillas». Los artistas, los coristas y

hasta los tertulianos, parecían más alegres que de costumbre.

Una tarjeta pegada en el espejo, decía:

«El director del concierto tiene el honor de invitar a todos los artistas que las presentes letras vieron, a una cena que se verificará hoy mismo, a las doce en punto de la noche, en el café de los príncipes, en celebración de lo que a nadie importa».

En el extremo inferior de la tarjeta, imitando el «se bailará» de las esquelas oficiales, leíanse las dos palabras siguientes: «Se emborrachará».

La broma hacía reír a Ofelia, quien aseguraba, sin embargo, que no se emborracharía.

—¿Y tú?—preguntó Rip-Rip a Noemí.

—Yo tampoco—repuso la bailarina.

—¡Naturalmente!—prosiguió el clown—Aquí todos somos unas almas de Dios, incapaces de cometer el más venial pecado contra los mandamientos de la doctrina cristiana. Ni bebemos, ni deseamos a la mujer del prójimo, ni fornicamos, ni somos codiciosos, ni glotones, ni nada... ¿Verdad, Rosalba?

La interpelada se echó a reír, asegurando que haría lo mismo que los demás; que si los demás no

bebían, ella tampoco bebería; pero que, en verdad, prefería beber, sobre todo si era champaña lo que iban á darles.

Rip la dijo:

—Tú, por lo menos, eres una buena chica.

XI

Y en efecto, lo era. Era la buena chica por definición y por antonomasia. Sin talento ninguno y sin deseo de adquirirlo consagrándose á una de esas especialidades escénicas en las cuales es fácil llegar á sobresalir, Rosalba duraba, empero en el concierto de Maravillas, más que ninguna de sus compañeras.

Contratada cinco años antes para representar los «Cuadros humanos» de Luis Rey, había tenido un éxito inmenso, gracias á su impudor ingenuo de ser inconsciente y casi primitivo. Desnudarse en el escenario ante mil personas, era para ella un acto tan natural como desnudarse en su alcoba para

meterse en la cama... Y se había desnudado, durante un mes, con lentitudes perversas y con gracias felinas, despojándose primero de la falda, luego de las enaguas, en seguida de la camisa, por último de los pantaloncillos de seda negra y de las medias color de rosa, hasta quedar, según la expresión de Rey, «cual su madre tuvo el honor de parirla». Se había desnudado con un arte exquisito, con tanto talento como otras se visten, empleando cinco minutos en desabrochar el corsé, deshaciendo cada lazo de cinta de una manera singularmente provocadora, simulando, antes de mostrar ciertos sitios del cuerpo, ligeros pudores de doncella ó gallardas osadías de cortesana; se había desnudado «como lo hacen las grandes damas», «como lo hacen las vírgenes», «como lo hacen las pecadoras», apareciendo, á veces, en traje de seda y á veces en traje de lana, enseñando un día la humilde ropa interior de la obrera y al día siguiente las riquísimas prendas, llenas de encajes, de las millonarias; se había desnudado, en fin, de mil maneras diferentes, haciendo circular cada noche, por la espina dorsal de París, un escalofrío debilitante.

Al terminar su contrato, el director le pregun-

tó si quería representar un papel de paje en la pantomima que entonces ensayaban.

—Sí—repuso.

Cuando la pantomima terminó, diéronla un nuevo papel en un cortejo atinguo. Más tarde la vistieron de militar ó de Venus, de emperatriz ó de payaso, según las necesidades de las piecicillas. Rosalba, siempre contenta, aceptábalo todo, sin pedir que la aumentaran el sueldo y sin quejarse de lo fatigoso de ciertos papeles.

Un día fué necesario buscar una negra para dar color local á una escena que se desarrollaba en un mercado de esclavas de Marruecos. El director ofreció pagar el doble á la corista que se prestara á dejarse pintar el cuerpo y á permanecer echada sobre una riquísima alfombra oriental durante media hora diaria. Ninguna quiso aceptar. El director puso entonces un anuncio, solicitando una negra ó una blanca pintada de negro. Todo fué en vano. Al fin se decidió el director á proponerle el papel á Rosalba y Rosalba aceptó. Fué la esclava; dejöse vender y manosear por eunucos y mercaderes; estiró las piernas desnudas para que los coristas que figuraban á los compradores, la examinasen á su an-

tojo; y en muchas ocasiones, no teniendo ganas de mojarse el cuerpo después de la función, marchóse á su casa aún embadurnada de negro.

En la intimidad de la vida, Rosalba era tan complaciente como en el teatro. Perezosa cual una criolla, dejábase llevar por la corriente del Destino, tratando de no ver sino el aspecto agradable de las cosas. Y como no tenía ni grandes esperanzas, ni grandes deseos, sus desilusiones no eran nunca muy grandes.

Tampoco su belleza era muy grande. Dos ojos negros, muy negros y muy dulces; una boca de labios sensuales y rojos; una cabellera obscura y abundosa; una nariz demasiado corta; dos orejas que habrían parecido grandísimas si el pelo no las hubiera escondido á medias, y un cuerpo... eso sí, un cuerpo de diosa...

Rip-Rip decía al verla:

—Tú debieras andar siempre desnuda.

Ella se desnudaba lo más amenudo posible, no sólo para aparecer ante el público, sino también en su casa, ante sus amigos, y en fiestas familiares de poetas y saltimbanquis.

Lo más extraordinario en Rosalba, era que, vi-

viendo en una atmósfera de intrigas amorosas, de caprichos violentos, de pasiones rápidas, nadie la había jamás conocido un amante verdadero. Sus idilios duraban un día, y más que idilios eran obras de caridad, pues siempre tenían como colaborador á un cómico triste ó á un payaso abandonado. Los hombres, en efecto, no la buscaban sino muy tarde, por la noche, cuando ya habían perdido la esperanza de hacer otra conquista.

XII

Ofelia la preguntó:

—¿Entonces estás decidida á emborracharte?

—Sí,—repuso Rosalba.

—Y luego—continuó la cantadora—te marcharás con el primero que desee llevarte á su casa! En verdad te digo; yo preferiría morirme á vivir como tú vives. Porque tú no eres una mujer, sino un perro.

—Tú, en cambio—dijo el clown—eres un tigre.

Aquí, la única que me parece una mujer verdadera, es Luisa.

Noemí se echó á reír, asegurando que Luisa era más bien una niña.

—Véanla ustedes—dijo.—Allí está, más triste que nadie, cuando debiera ser la más dichosa de todas. ¿Y saben ustedes por qué está triste? Porque preferiría ir á acostarse con su novio á asistir á la fiesta.

El director del concierto que acababa de entrar, dijo á la bailarina:

—Trae á tu hombre. Yo le invito.

—No—repuso Luisa—no.

Pero ya Noemí había salido del saloncillo en busca de Eugenio, que, lo mismo que todas las noches, ocupaba una butaca, esperando á su mujercita.

El director exclamó:

—Deja que le traigan... ¿Acaso nos lo vamos á comer? Aquí todos somos hermanos y los hermanos de nuestras hermanas son nuestros hermanos... A la única á quien no se le permite traer á sus amantes, es á Ofelia, porque sería capaz de llenarnos el escenario de anarquistas... Pero á tí se te permite todo, incluso que te comas á besos á tu chico delante de nosotros... Porque supongo que

tu hombre es comible... Vamos... que es un guapo mozo, con muchos bigotes y muchas barbas; ¿no es cierto?

La interrogada no contestó. Mirando fijamente la puerta por donde su amiga acababa de salir, permanecía inmóvil, con las pupilas dilatadas, como si una visión extraordinaria la alucinara y la atrajese...

El director continuó:

—Yo soy lo que en otro tiempo se llamaba un buen príncipe. Como á manteles con todo el mundo; mi faltriquera es una veleta expuesta á los cuatro vientos de la mendicidad vergonzante; quiero á mis artistas como á mí mismo, amén... Y á los que tienen talento, no sólo los quiero, sino que además los estimo... A tí te estimo... y á Rip-Rip... y á Ofelia... y á tu hermana Noemí también... aunque no sea tu hermana... ¡Es curioso lo que ha pasado con vosotras! La primera noche el público casi no os aplaudió y luego os aplaude cada día más... Sin Ofelia, sin Rip y sin vosotras, sería necesario cerrar el concierto...

A medida que el «amo» hablaba, los artistas iban aproximándose á él, hasta llegar á formar un

verdadero corro á su derredor. El clown, á caballo en una butaca, con el ancho pantalón recogido y las mangas arremangadas, trataba de mantener en equilibrio sobre la cabeza de Rosalba una pluma blanca. Ofelia sonreía en su sillón señorial, oyendo las frases elogiosas á su talento dedicadas. Los demás, apiñados en sillas y divanes, escuchaban.

Escuchaban al director que seguía hablando de este modo:

—Sin duda soy un buen príncipe... ¿Os acordáis de Polonio diciendo á Hamleto que va á tratar á los cómicos conforme á sus méritos, é inclinándose cuando el hijo del rey le dice: «Mejor, Polonio, mucho mejor?». Pues yo he hecho lo mismo... El propietario del café me dijo: «No tenga usted cuidado que habrá cena para todos». Yo le contesté: «¡Más que para todos, Polonio!»...

Una carcajada general celebró la fanfarronería burlesca del director.

—¡Viva el amo!—gritó Rosalba.

Los demás exclamaron:

—¡¡Vivaaa!!

XIII

El director de Maravillas era un hombre que se hacía querer desde luego. Italiano de origen y parisiense de educación, unía a la urbanidad halagadora de los hijos de Maquiavelo, la elegancia cortés de los compatriotas de Moliere. En un cuerpo de atleta, llevaba un alma de mujer, y era conforme las circunstancias lo requerían, mimoso y rudo, violento y zalamero.

Había tenido muchos nombres. Se había llamado primero José Lombardo, luego Miguel de Zorachio, en seguida Alfredo Regal y, por último, Ernesto del Rocario. Cada cambio de nombre, representa en la historia de su vida un cambio de situación. Al pasar de José a Miguel, había también pasado de tabernero a propietario de hotel; del hotel, después de una quiebra dudosa y de un proceso feliz, pasó a dirigir el casino de una estación balnearia, y de la playa fué a París, con algunos miles

de duros misteriosamente ganados y un nuevo nombre, a fundar el concierto de Maravillas.

Su historia no era un misterio para nadie y, el que más el que menos, todos le consideraban como un aventurero afortunado y agradable.

Agradable, nadie lo era más que él; nadie sabía escoger tan hábilmente la frase que adula y acaricia; nadie tenía tanto fuego para probar al primer quidan venido que el porvenir le pertenecía; nadie cogía con tanta amabilidad el brazo de los amigos para decirles al oído, con tono confidencial, las más vulgares nimiedades. Era afable con todos y a todas horas. Lo era al pasar ante un desconocido a quien saludaba; lo era al dar las gracias al criado que le traía una tarjeta; lo era con los duques y los millonarios que iban a su concierto; lo era, en fin, con sus artistas, con sus coristas y con sus dueños.

Sólo con sus acreedores no lo era.

¡Oh, la avaricia de Ernesto del Rocario! El mismo Rip-Rip y la propia Ofelia, que representaban las columnas de Hércules de su fortuna, temblaban cada quince días al acercarse a la oficina en donde el director hacía sus pagos. Porque ya se sabía: el

primero y el dieciséis de cada mes, la paloma toscana se convertía en un oso polar y desde muy tempranito empezaba á pasearse por los corredores del teatro, quejándose de los negocios con palabras que más bien parecían gruñidos.

Y lo más curioso era que nunca dejaba de pagar.

Rip-Rip decía:

—Paga, pero pega...

Rosalba refería una anécdota en la cual estaba resumido todo el carácter del italiano afrancesado.

Una madrugada al salir del concierto, Rocario llamó á la artista para expresarle con melosísimas frases su deseo de pasar la noche en compañía suya. Ella aceptó. Al día siguiente el amo la aseguró que la haría un regalo para probarle su reconocimiento y dos horas después Rosalba recibió una moneda de cinco pesetas envuelta en un papel color de rosa.

Sin embargo, ó quizás por lo mismo, el más gran insulto que podía dirigirse á Ernesto Rocario, era llamarle avaro. «¡Avaro él... ¡Pues no faltaba más!...» Según su frase, lejos de ser un avaro era «un buen príncipe»; y lo probaba ofreciendo, de vez en cuando, á sus amigos una cena, que general-

mente no pagaba él, sino algún gran señor partidario de artísticas juergas.

—¡Aquí están!—gritó de pronto Rosalba, viendo entrar á Noemí acompañada por un chico moreno, cuyo porte tímido contrastaba con las actitudes familiares de los que concurrían al saloncillo.

Muy pálida, Luisa salió al encuentro de su amante, y cogiéndole por la mano, le presentó á sus compañeros.

—¡Es muy guapo!—dijo Ofelia.

Las demás mujeres dijeron lo mismo, y los hombres, deseosos de decir algo, le dieron la enhorabuena por el entusiasmo que su presencia despertaba entre las hijas de Eva.

Sólo Rip-Rip permaneció silencioso en su sitio, haciendo como que no veía al recién llegado.

XIV

Dieron las doce, y la función terminó. Dieron las doce y media, y los invitados se pusieron en